Ville Vallouise, el pueblo principal, hállase á unas seis millas más arriba del valle; aunque situado á unos 4,000 piés sobre el nivel del mar, está circuido de verdes campos y magníficas arboledas, que constituyen un paisaje encantador, pero así como en la mayor parte de los pueblos de esta region, disminuye mucho el carácter pintoresco por la falta de las rústicas casitas de madera tan comunes en los Alpes de Suiza. En cuanto al pueblo mismo, apénas ofreceria interés si no fuese por su iglesia, que parece demasiado magnífica para tan humilde lugar, particularmente por su hermosa torre y el elegante pórtico, cuyos arcos y capiteles tienen ricas esculturas; la puerta principal parece de estilo romano; las columnas, que son de mármol, se apoyan en leones muy bien modelados.

Hasta cierta distancia de Ville Vallouise el paisaje sigue siendo el mismo, pero despues los grandes árboles parecen hundirse en la montaña, los campos son más reducidos y las cimas pedregosas ofrecen un aspecto más salvaje, hasta que por fin se divisa la mole del Pelvoux elevándose á los lados del valle: pocos puntos de los Alpes presentan un golpe de vista tan grandioso; los manzanos y los nogales sombrean las casitas; un sendero que conduce á la cima se prolonga entre fragmentos de roca cubiertos de musgo; y sobre enormes precipicios se ven las cumbres revestidas de nieve y de hielo que dominan la mole del Pelvoux, cuya configuracion es la de un cono truncado, compuesto de rocas enormes que se elevan á más de 7,000 piés de altura.

En las alturas de la orilla izquierda del valle, y entre las rocas del Pelvoux, hay una cueva conocida con el nombre de *Bálsamo de los Vodenses*. Hace unos cinco siglos, los valles que conducian al Durance estaban habitados por los Waldenses ó Vodenses, que separados de la Iglesia de Roma, hubiéranse llamado más tarde protestantes. Durante una especie de cruzada que se organizó contra ellos, los habitantes de Vallouise se retiraron á esa cueva, preparándose allí para resistir cualquier ataque. Un capitan de los sitiadores, reconociendo que seria inútil intentar nada desde abajo, resolvió valerse de otro medio más expedito: reunió varios de sus hombres más diestros y valerosos, y provistos todos de gruesas cuerdas, treparon hasta los pastos situados sobre los precipicios, y desde allí descendieron hasta la boca de la cueva. Los Vodenses hubieran podido seguramente rechazar á sus enemigos, mas al ver que estos bajaban como caidos del cielo, sobrecogióles un pánico, y cuando pensaron en la resistencia ya era demasiado tarde, por lo cual se refugiaron en el fondo de la caverna. El jefe de los sitiadores vacilaba en penetrar allí, comprendiendo que sus enemigos se batirian con la energía de la desesperacion y que su gente tenia la desventaja de no conocer el terreno. En su consecuencia mandó formar un monton de hojarasca y maleza, entre la cual habia mucho junípero, abundante en aquellos parajes, y cuyo humo es muy ofensivo, como todos sabemos, y tapando con esto la boca de la cueva, prendió fuego. Los sitiadores esperaron á que se apagaran las llamas y se disipara el humo, y entónces precipitáronse en el interior, confiados sin duda en las propiedades asfixiantes del junípero; pero no encontraron un solo sér viviente: el enemigo habia descubierto una salida.

Entre Vallouise y el Durance se halla el valle de Freyssinieres, tan bien conocido á principios de nuestro siglo por los trabajos de Félix Neff, el pastor vodense de este distrito de

Vista de Serres en el Delfinado

los Alpes. Avanzando siempre déjase á la izquierda la imponente fortaleza de Monte Delfin, asentada en la cima de una alta roca, y que guarda la entrada del Guil; su situacion es muy pintoresca, llamando la atencion los pináculos del conglomerado de roca que se destacan en el desfiladero que se corre al pié de la fortaleza. Si se avanza por el valle hasta el punto donde comienza á ensancharse, se hallará la antigua ciudad de Embrun, situada tambien en

la cima de una roca, pero más baja que la de Monte Delfin: la magnífica torre de su catedral se distingue desde una larga distancia. Embrun fué ciudad romana en los primeros dias del imperio, y Adriano la constituyó en metrópoli de los Alpes marítimos. San Marcelino la convirtió al cristianismo, y segun dice la leyenda, por su intercesion se libró de ser saqueada por los vándalos un siglo despues; pero más tarde sufrió el pillaje de lombardos y sarracenos, que la conservaron catorce años en su poder. En el siglo XIII y el siguiente, sus habitantes se distinguieron por su ardiente celo ortodoxo; pero nunca han prosperado; áun hoy dia, la poblacion sólo cuenta 3,000 almas.

Salvo algunas antigüedades y una curiosa torre maciza, llamada *Torre Brune*, que segun se dice cuenta una remota antigüedad, la catedral es el único edificio importante de Embrun, particularmente por su precioso pórtico, muy digno de estudio como tipo y dibujo raro.

El viajero que desea volver al valle del Ródano desde el Durance y quiere seguir el rio hasta su confluencia, debe hacer un gran rodeo á través de las montañas bajas del sur, y pasando por Gap dirigirse á Valence ó seguir un camino que le conducirá al oeste de Orange por Serres. Este es un punto muy pintoresco, como otros muchos de las ciudades de Provenza, y ocupa la cumbre de una colina pedregosa. Serres fué una ciudad famosa en la Edad media, y data de una remota antigüedad; mas ahora se halla en el período de su decadencia: lo más notable que tiene es su iglesia y el castillo de Lesdiguieres. Los alrededores, magníficos, tienen algo de la grandiosidad del Delfinado sin su aspecto salvaje.

Nápoles visto desde Ischia

NÁPOLES

I

Hay un proverbio que dice: «Ver Nápoles y morir.» ¿En qué sentido debe entenderse esto? Los naturales dirán sin duda que con su ciudad se alcanzó el más alto grado de la belleza, y que todas las demás no son sino el recuerdo de mejores cosas; pero el viajero que la visite detenidamente y haya sentido los efectos de su insalubridad, tal vez no se inclinará á ensalzarla de tal manera. Si hemos de hablar francamente, ese proverbio no se confirma en cuanto á la localidad, y el que espere enmudecer de asombro al visitarla podria muy bien quedar desengañado desde el primer dia.

Sin embargo, aunque Nápoles no sea la más hermosa ciudad del mundo, su posicion es por todos estilos notable, y el aspecto de la bahía magnífico, sobre todo cuando se ve desde el mar: por algunos conceptos, hasta podríamos decir que es único. En el centro de esta bahía, ascendiendo casi desde la orilla del agua, el cono volcánico del Vesubio elévase á la altura de unos cuatro mil piés, divisándose detrás en lontananza las soberbias cimas de los Apeninos, que por el sur se van prolongando en semicírculo, hasta que sus altas estribaciones sólo quedan separadas de la base del Vesubio por un espacio de unas cuatro ó cinco millas de país llano; despues se extienden formando una cordillera interrumpida y muy elevada, que constituye el límite sur de la bahía. La continuacion de esta línea de montañas es una isla pedregosa, separada del continente por un estrecho muy pintoresco: es la isla de Capri, nombre bien conocido en los primitivos dias del imperio romano.

Al oeste del Vesubio el paisaje cambia de aspecto: un grupo de colinas, en cuyas estribaciones se halla situada parte de la ciudad de Nápoles, se prolonga en el espacio de algunas millas á lo largo de la costa, pero su aspecto es del todo distinto del que ofrecen las otras de